

(a modo de prólogo)

Quando los dinosaurios dominaban la Tierra...

1994

Publicado en: *AB Arquitectes de Barcelona*, nº 42, Colegio de Arquitectos de Cataluña, Barcelona, enero 1994.

Esta vez sí queda claro que también le pasa algo a la arquitectura, y si no somos capaces de adelantarnos a los acontecimientos se nos tragarán vivos. En la Barcelona actual, postolímpica y crítica (¿por lo de “la crisis”?), empieza a dar auténtico apuro presentarse en sociedad como arquitecto. A poco que así te asomas se te echan encima, a veces con un alarde de memoria que espanta: te recuerdan el falso techo que se hundió en el aeropuerto, o el otro —menos falso, más auténtico— de Huesca, hasta las goteras del *Estadi* ¡por favor...! ¿Y qué de la semidesértica *Vila*?, etc. etc. etc. Últimamente sacan también a relucir el triunfo del pueblo al empezar el derribo de lo poco que se permitió construir junto a la Catedral (y eso que personalmente pienso que a su arquitecto principal deberían darle el Pritzker), o te hablan de cómo el uno necesita montarse la exposición de su propia obra en la *Fundació* que presidió, y de cómo el otro necesita casar al hijo en su propio Taller.

La verdad es que generalizan enseguida, juzgan a todos por los sucesos concretos que rodean a los que están sobre la pública escena, y después de restregarte todos los cotilleos por la cara callan, con mirada entre acusadora e irónica, esperando una contestación...

¿Pero qué podemos responder a todo eso los arquitectos que somos mayoría —silenciosa, por lo menos hasta ahora—, los que tenemos acceso tan sólo a programas por debajo de la media y con presupuestos de barraca? (Esto último no debería preocupar a nadie pues, por ejemplo, al fin y al cabo es más o menos con lo que Adolf Loos sobrevivió toda la vida).

La respuesta de cada uno dependerá de su entendimiento: las inteligencias pequeñas discutirán las personas concretas, las inteligencias medias los sucesos en cuestión, y las grandes las ideas que hay detrás. El resto callará. Pero mientras, los jóvenes, han empezado a hablar; están montando una *Agrupació de Joves Arquitectes de Catalunya* (¿cómo puede ser que hasta ahora nadie lo haya hecho ya?), se reúnen en régimen asambleario abierto (¡por fin se abre paso una soñada anarquía borgesiana!), piensan sobre lo que preocupa al arquitecto, buscan caminos, instan debates: cada mes llaman a todos a un encuentro-coloquio, tras una convocatoria pública abierta que trataba de localizar producción e ideas de los jóvenes arquitectos, a la que se presentaron más de una veintena de personas y/o equipos, para ir presentando ahí su obra y/o pensamiento.

Es verdad que hoy más que nunca “los dinosaurios dominan la tierra”, pero hasta su extinción hay que velar, despiertos, aunque sólo sea para no perecer ahora bajo una de sus enormes pisadas. Y a propósito de dinosaurios, oí en la Universitat un rumor sobre Alberto Sartoris que me hizo estremecer; llamé rápidamente... y respiré aliviado, escuchando una vez más su vital vocecilla; decía encontrarse perfectamente, construyendo mucho, como por ejemplo un centro cultural y administrativo en Turín, la ciudad que le vio nacer hace ya más de 92 años (¡cifra doblemente olímpica!).

Este sí que es el último dinosaurio, el histórico, el único sobreviviente del mítico primer CIAM. Sin embargo, paradójicamente, es el más joven de todos, y habría que nombrarle miembro de excepción de la *Agrupació de Joves Arquitectes de Catalunya*. Hay que recordar que presentó un proyecto —extraordinariamente fresco— hace cuatro años (o sea, con más de 88 años de edad) para el concurso “*Habitatge i Ciutat*”; ya no necesitaba demostrar nada más, pero incluso lo trajo personalmente desde Suiza, en coche. Al salir del *Col·legi* se encontró con que la grúa lo había enganchado. Procuré también hacer de intermediario con el inflexible guardia, pero había que pagar... pagar por ser arquitecto, pagar por ser joven, pagar a un pueblo que no deja de mostrarse satisfecho —aunque sólo sea un poquito por dentro— cuando nos enganchan por algún lado. Pues sólo nosotros podemos desengancharnos: el mismo Alberto Sartoris nos decía hace siete años que “hoy, aún más que ayer, los arquitectos y los promotores de sus obras son a menudo los peores enemigos de la arquitectura. Tengamos los ojos abiertos y miremos a nuestro alrededor. Os dejo con vuestras reflexiones y os doy gracias por vuestra atención”.